

En su excelente «Historia del criticismo y del gusto literario en Europa desde los más antiguos textos hasta el presente» escrita en inglés por el profesor George Saintsbury, que lo fué de retórica y literatura inglesa en la Universidad de Edimburgo, y en el volumen II al tratar de aquel González de Salas que escribía hacia 1633, se pára en que don Marcelino Menéndez y Pelayo decía de él, y era que su estilo de escribir era «la misma lobreguez y el mismo desconsuelo».

Y el criticista y crítico inglés al comentar el juicio de nuestro don Marcelino dice: «Es una cosa curiosa, pero que puede hallar en dondequiera paralelo, que el extranjero, que no sabe qué es lo que *tenía* que haber dicho el hombre para transmitir su sentido propiamente puede, en casi todas las lenguas, llevar a ese sentido más fácilmente que el nativo, que se ve apartado de él por excentricidad y barbarismo. Palabras, por ejemplo, como *lucifugas* y *parasangas* que don Marcelino condena a especial reproche, son para un inglés, con su Virgilio y su Jenofonte en la cabeza, tal vez más fáciles de entender que algunas de las más castizas palabras del puro español».

Para lo que traduzco aquí por castizas emplea Saintsbury una expresión inglesa que no cabe traducir de otro modo. Dice: *of the bluest-blooded words of pure Spanish*, o sea «palabras de la sangre más azul». Y la sangre azul en el lenguaje no puede ser más que su casticidad. Una palabra de sangre azul castellana, o aragonesa, o andaluza, o asturiana, o argentina, o mejicana o colombiana no es sino una palabra castiza en una de esas diferentes hablas de nuestro común lenguaje español. Y es evidente que una palabra no castiza puede ser mucho más clara no sólo para un extranjero sino hasta para un español.

El casticismo suele ser muchas veces motivo de obscuridad y la obscuridad es motivo de muerte en un idioma. Del mismo modo las familias, los linajes, que se preocupan en exceso en mantener la pureza de la sangre, su casticidad, su *azulidad*, acaban por hacerse estériles y extinguirse. Sólo la sangre roja se propaga.

Yo que propendo, sin duda por mis estudios profesionales — llevo más de veinte años explicando la historia y evolución de la lengua española, — a emplear voces y locuciones castizas, populares, que difieren algo de la co-

PALABRAS DE SANGRE AZUL



riente e incolora lengua de los periódicos, he oído muchas veces a extranjeros, y sobre todo a los que han traducido obras mías a sus respectivos idiomas, que mi lengua les resulta una de las más difíciles de traducir. De tal modo que cuando escribo algo para que sea traducido suelo escribirlo en otra lengua más incolora, más periodística, más cosmopolita si se quiere, en una lengua que es más vestidura que carnadura.

Porque hay lengua que es vestido y hay lengua que es carne del pensamiento. El que escribe con lengua que llamaríamos indumentaria, de vestido, no puede mostrar desnudo su pensamiento, no puede desnudar su pensamiento al expresarlo por palabra o por escrito. Sólo desnuda su pensamiento el que lo encarna y no el que lo viste. Los sastres de la literatura, los estilistas, jamás llegan a desnudarlo. Y acaso es mejor, pues tratan de encubrir su deformidad. Y estilista no quiere decir el que tiene estilo. Al contrario, suele llamarse estilistas a los que no tienen estilo propio.

Ahora que la sangri-azulidad — permítaseme el vocablo — o la casticidad de un vocablo puede llegar a ser una afectación pedantesca, en la que entra de por mucho la moda. Hay temporadas en que se pone de moda una palabreja o una locución, sobre todo cuando algún escritor la saca a flote o de un mamotreto antiguo o del fondo popular. Me acuerdo una temporada en que andaba de moda *pergeño*, y recientemente he observado que hay escritores que buscan la ocasión de decir que uno *se tocaba* la cabeza con gorra, boina o sombrero. Eso de «se tocaba» les hace mucha gracia.

El *lucifugas* de González de Salas le ha de resultar a un inglés que sepa algo de latín más claro que cualquier otro vocablo, que no acierto a dar con cuál podría ser, con que nuestro humanista del siglo XVII lo hubiese sustituido. Y hasta hay frases a las veces que si las romancemos del todo pierden su sentido. «Le tocó el estro y tomando el plectro tafió la cítara». Traduzcámoslo, teniendo en cuenta que *estro* es tábano, *plectro* es púa y *cítara* es guitarra y nos quedará en que «le picó el tábano y tomando la púa se puso a tocar la guitarra o la bandurria».

Hay textos que en rigor no se traducen. Tal aquel de que «las puertas del Infierno no prevalecerán contra ella» ya que ni se trata del Infierno ni en castellano quiere decir nada prevalecer una puerta. Pero de esto otra vez.

MIGUEL
DE
UNAMUNO